El antro

Albo Aguasola

Capítulo 1

14 El antro.

La calle es una articulación profunda, que vibra al son de los metales, del concreto, del desvarío, del viento y de las masas. Por ella van llorando los mismos que ayer reían. Es una caldera infernal porque arde con la grasa de los miserables, porque está llena de ruidos, de peligros y de zozobras. En ella penetra el universo y la moldea, como se moldea con los dedos una estatua de barro. En ella se cuentan una tras otra y sin demora, las historias de los vivos y también las historias de los muertos, por eso tiene un farol que la ilumina cuando es de día, y otro farol que la ilumina cuando es ya noche, uno de esos faroles es una estrella, el otro es una inmensa luna. Y aparte de esos dos astros, el hombre inventó sus propias antorchas para iluminar la calle, por eso la calle es inmunda y perversa, por eso la calle es una jungla, donde todos deambulan como pequeños helmintos. Es dios contemplando al mundo a través de esa gran calle. Es el hombre implorando a ese dios desde la misma calle. El primero sabemos que es omnipresente, el segundo sabemos que es miserable, pero ambas misericordias cruzan sus miradas a través del silencio doloroso de la siniestra calle. Penetra en mi camino dice ese dios, y temeroso y cabizbajo penetra el hombre, pero al entrar en ella se deslumbra ante el brillo armonioso del pecado, la música decadente de su condición precaria se manifiesta y se olvida de la esperanza y se transforma en desalmado, es fiera, es mármol. Ocultándose de esa gran luz se desprende del noble sentimiento de los humanos, su corazón se infla, sus manos se llenan de deseos que son macabros, su mente se nubla ante el vicio, ve a sus semejantes y los confunde con alimañas, piensa en la clemencia y siente alergias, desnuda su torso y lo descubre lleno de escamas, nota que le salen gruesos colmillos y que cambió por un hacha su blanca alma. Pero es feliz, aprende a sonreír de otro modo, aprende un lenguaje de corso y lo celebra, descubre que le brotan odios y los cultiva, encuentra aun en su interior un par de culpas y las arroja, no quiere andar arrastrando sus remordimientos. Poco a poco va entrando en la decadencia existencial, pero no lo nota, ve que va perdiendo la conciencia, que la moral se le ha ensuciado, que la miseria y la desfachatez han construido sus nidos en su negro pecho, pero ya nada le importa, porque desde el fondo de su ser, desde siempre amó a la calle.

Se ha convertido en bandido y sonríe como un gran pícaro, y se hunde en las entrañas de esta calle que hemos dibujado. Sabe que es hijo de uno de esos hombres bárbaros, que tal vez en su niñez también azotaron la misma calle como furiosos Atilas que domaban con sus látigos. Por eso ama los desabridos fulgores de ese horno que calcina llamado antro. Sabe que tuvo una madre, y que a través de ella, había emergido desde un hogar honrado, pero ahora no siente remordimientos de haberse escapado, porque ha emigrado al nido de la vida, sabe que en ella puede

alcanzar su cumbre, y estira sus alas de golondrina, porque también sabe que es pájaro. Una demencia colectiva lo ha influenciado. Busca su agua, busca el caldo fundido de los metales para mitigar sus hambres, busca en las barras el calor de esos senos abiertos y deseosos de furtivas madrugadas. Busca en esas bocas esas mentiras que se gestan en la desesperación, ama al hampa y se siente correspondido, por eso aprieta a los transeúntes en los callejones mas desolados. Ama el vino porque fuego le da, ama el dinero porque con él todo lo alcanza, pero más ama al delito, porque es su esencia y su legado. No le gusta madrugar con el deber del trabajo, pero madruga sin embargo con el sabor del trago, y aturdido por su droga, grita, golpea y zarandea con ganas. Es feliz, vive a sus anchas, como una codorniz entre la paja, como un leopardo entre los ciervos.

La vida dota a los seres de inocencia y vanidad. De que no aprenda se encarga el sistema, de su vanidosa afición, se encarga el garbo intransigente de la calle. El sistema le señala, la calle le otorga alas. Una ciudad es una gran roncha, llena de bacterias, de bacilos y de concavidades. Una ciudad se vanagloria orgullosa porque siente que todo le sobra, y ofrece a sus inquilinos la profundidad de la calle. El pícaro la maneja a su antojo, la posee, la pisotea y a veces vende la calle o la compra, según sus necesidades. La calle deja de ser una próspera arteria y se convierte en una hemorragia. Se llena de duendes y de gitanos, de disturbios y de colas de cigarros, de proxenetas y de vándalos. La ciudad se estremece de dolor, siente que no pensó en eso al trazar sus calles, se descubre conquistada por el impulso maligno de los dandis, se retuerce de tanto daño, ve sus heridas y se pregunta “hasta cuándo”. Las mariposas se agotan, las niñas se hacen grandes, y toda la nobleza del hombre sano se ve embadurnada de lujuria y de pecados. Parece que duerme, pero en verdad cierra los ojos ante tanto desastre, de vergüenza se comprime, y llena en su desesperación da la espalda a esa calle perversa que la ha manchado, llora y pide piedad. Siente impotencia ante el frívolo destino de sus ciudadanos, todo es un núcleo de trágicos desenlaces. Aparece el loco, sufre el borracho, se ríe la prostituta con el condón en las manos. Todos la adornan con caca, todos la bañan con escupitajos, y eyaculan por doquier sus bajezas los cerebros desadaptados. Y la pobre ciudad se constipa, se apena, y dejándose vencer por el impulso maligno de los tiranos, clama a los cuatro vientos que vengan esos héroes de antaño, para que arrancando esas hierbas depuren su cruel estado. Pero el policía no la escucha, el ladrón la ha despojado, el sádico la manosea, el político la menoscaba, el bufón la remeda, el resentido la difama. Solo la primavera hace que llueva para limpiarla.